

## Un capítulo inédito de la vida del Cura Merino



La vida del Cura Merino y la epopeya de nuestra gloriosa insurrección «contra el tirano de Europa» no se acabarán de escribir hasta que se desempolven las crónicas locales que todavía andan dispersas en conventos y casas particulares, y hasta que se escriban las tradiciones que corren por nuestros pueblos. Una de sus crónicas son las «Memorias Silenses» (1).

En páginas anteriores hemos comentado sólo unas líneas de una carta muy breve de don Jerónimo Merino, con el objeto de esclarecer su biografía. Dice en ellas que había luchado «en estas sierras» de Silos por defensa del Santuario donde se conserva el cuerpo de Santo Domingo, el Redentor de cautivos.

Podía habernos dicho que varios monjes le animaron a luchar. Es lo que tratamos de explicar en estas líneas.

Cuatro monjes benedictinos le trataron y dieron alientos: el P. Domingo de Silos Moreno, el P. Antonio Calonge, el P. Torcuato Carballada y el P. Mtro. Núñez, conventual éste de Cardaña, pero refugiado en Silos durante algunos años de la guerra. También en Silos se cita con él un guerrillero clérigo, don Juan Tapia, el capellán de San Pedro de Astudillo (Palencia). Estos encuentros, nos dicen las Memorias, en un lenguaje claro pero muy parco, resumiendo los hechos hazañosos que realizaban aquellos días nuestros guerrilleros. Los pocos monjes que vivían entonces en el monasterio, hacían de ellos la comidilla en la mesa redonda del refectorio. No podían ni leer ni guardar silencio, porque eran los únicos momentos en que se reunían los monjes, vestidos de chaqueta y moradores de las casas de Silos y de sus aldeas.

---

(1) Dos volúmenes en folio de 20 x 15 cms. y unos 200 folios cada uno. La segunda mitad del 1.º y todo el 2.º trata de la Francesada. Están copiadas a máquina en tres volúmenes y queremos quede constancia de dichas «Memorias» en estas páginas.

Veamos quién fue el P. Calonge y qué hizo este guerrillero, a quien la Junta Soberana de Asturias le sacó de su convento de San Vicente, de Oviedo, y le dió el encargo de equipar y suministrar de alimentos a un ejército de más de «quince mil hombres», casi dos divisiones enteras que operaron en el Norte de la península en el verano de 1808. Con él tuvo que entrevistarse, o por lo menos oír sus hazañas, el Cura Merino, pues estuvo en Silos una vez, en 1809; dos, en 1810, y en 1812 y 1813; este año hizo una incursión al frente de sus tropas, pisando los talones al ejército francés. En estas ocasiones alternó con el guerrillero Tapia, aunque no siempre compartiera sus ideales y táctica de ataque.

Para el cura Merino sería un héroe y maestro experimentado el Padre Calonge, que operó muchas veces en el Norte. El P. Torcuato Carbayeda le daría pormenores de la labor que realizó su hermano de hábito, en las montañas de Santander y de Burgos en 1808. Vivió en la dependencia de Silos, de San Román del Moroso (provincia de Santander) el P. Torcuato, e hizo de lazo de transmisión, en medio del campo francés, con los guerrilleros; por eso sabía todo lo que trabajó el P. Calonge. Lo contaba y repetía a sus hermanos de Silos y a los monjes aquí refugiados: benedictinos, cistercienses, cartujos y jerónimos, que de Burgos, de Cardeña, de Arlanza, de Albeite y de los jerónimos de Espeja venían a celebrar reuniones y cambiar pareceres, aquellos años duros y difíciles. En Silos se eligieron diputados para la Junta de Castilla, y de aquí salieron los partes de guerra que anunciaban ataques y contrataques de las tropas.

Hablábase mucho en los años de 1809 y 1810, del P. Antonio Calonge y todo lo que se dijo haber realizado, lo consignó el P. Moreno en las «Memorias» años 1809-1813, págs. 176-28.

Escribió: «En el Capítulo General de la Congregación de San Benito de Valladolid de 1818, celebrado en Sahagún, se le eligió Abad de Silos... Fue teniente cura mayor de San Martín de Madrid, después que lo había sido de casa, la Mayor de Monserrático (de Madrid) Administrador de Obras Pías, Mayordomo de Eslonza y de Oviedo, y procurador de San Martín quando fue elegido Abad de Huete (1).

A este monje, con dotes que reconocía bien la Orden, le llamó la Patria a las armas el 21 de septiembre de 1808. No fue guerrillero

(1) El Colegio de S. Vicente de Oviedo fue desde el S. XVII casa generalicia de la Congregación donde cursaban los estudiantes que cursaban en la Universidad Ovetense para tomar grados. Uno de los más célebres estudió allí Fr. Jerónimo Feijóo. San Benito de Huete (Cuenca), primero convento de monjas franciscanas de la Misericordia y después benitos (1468) acabó por ser abadía de Monjes dependiente de Silos y suprimida en 1835. Fue una de las Abadías que más sufrió en la Francesada, pero con lo que Silos mantuvo comunicación, de utilidad para las Juntas.

aventurero, ni clérigo que abandonó el hábito para tomar el uniforme militar. Aquel día y año «de nuestra gloriosa insurrección contra el tirano de Europa», le nombró, estando en Oviedo la «Junta Provincial Asturiana», que se llamó «Soberana», por «Director General de todas las provisiones del ejército» que constaba de 15 mil hombres entonces. Se hallaba el procurador del colegio de San Vicente de Oviedo... Habiéndose excusado de admitir semejante destino, ya por su ovesidad, ya porque su espíritu muy contrario al que parece debe tener un hombre entre soldados y entre balas y ya por la edad de 56 años, que tenía entonces; insistió la Junta en su resolución por el grande concepto que tenía de adhesión a la justa causa, de desinterés notorio y público, de su mucho desembarazo para todo, de su conocimiento en los bastos artículos que abiazaba dicha comisión y de su actividad extraordinaria. Aun así no se decidió por su espíritu de religión sin que el P. Abad y PP. de consejo no juzgasen convenía en aquellas circunstancias aceptar semejante destino. Habiéndose juntado aquellos, fueron todos de dictamen que debía aceptar y salir con el éxito sin esperar licencia del Rmo. General.

Habiendo aceptado la tal comisión suplicó a la Junta se dignase llevar a bien el que no aceptase el sueldo de 44.000 reales anuales que le habían señalado, ni los honores de intendente de ejército, ni otro emolumento alguno más que la ración de lo mismo que surtiese a la tropa. Le dio la Junta las más expresivas gracias por tan heroico acto de generosidad y desinterés, y convino al mismo tiempo en que, ya que no quería sueldo alguno, se le satisficiesen los gastos que hiciese en su persona y algún obsequio de buena crianza, como también lo que dexase de percibir por estar en dicha ocupación, como verbí gratia, la limosna de la misa o alguna otra cosa. Se le dieron facultades amplias para nombrar todos los empleados que le pareciesen necesarios con el sueldo que juzgare justo y lo comunicase a la Junta para su aprobación. Se le dió también, facultad para que pidiera, a los respectivos coroneles, los oficiales o soldados que le pareciese pudiesen servir cerca de su persona o empleados en alguno de los ramos de su comisión. Con este testimonio de la alta confianza que manifestó tener la Junta de su persona y con otras órdenes secretas que le comunicaron de la maior importancia, salió del colegio de San Vicente de Oviedo el 26 de septiembre del mismo año de 1808, después de haber recibido los caudales, llevando consigo un comisario, los primeros empleados que nombró, los mozos de palafrenería del Rey D. Fernando VII y 29 mulas de sus Reales Caballerizas con los cocheros de Su Magestad para que emplease aquéllas y éstos en lo que le pareciere conveniente, como efectivamente sirvieron en llevar los cañones para la batería de Balmaseda y Espinosa. En Llanes recibió los caudales que fueron

conducidos hasta Torrelaguna en carros. en esta Villa en el espacio de 24 horas, con admiración y asombro de los mismos que lo vieron, habilitó de todo lo necesario a 40.000 mil hombres para Espinosa, porque, apesar de sus años y gordura, no cesó día y noche en proporcionar tantos artículos en una tierra escasa de todo y que ni pan siquiera sabían hacer; por cuyo motivo fue menester embargar los hornos en dos leguas de contorno.

Habiendo marchado el ejército, quedó en Torrelaguna por Comandante Militar principal por tres días que tardó en llegar el General Acevedo. Pasó luego a Santander al tiempo que desembarcaron nuestras tropas, mandadas por el famoso La Romana que venian del Norte. De allí pasó luego a Aguilar de Campóo, como punto más oportuno para el suministro de los ejércitos: hizo contratas, estableció almacenes de harinas, granos, paños, mantas, etc., y surtió desde allí al ejército de todo lo necesario, hasta que resultas de la desgraciada acción de Balmaseda y Espinosa se dispersó aquél y tuvo que retirarse, salvando todos los caudales, por la Liébana y la Hermida a Oviedo; una operación arriesgadísima, por tener que lidiar tanto con franceses como con los nuestros dispersos, se reputó por una heroicidad, y mereció que el General Blek, (1) que se hallaba en Potes le dijese delante de sus oficiales, que debía ser premiado por el Gobierno mejor que un General que gana gran batalla, la que muchas veces pende de una casualidad, y el salvar los caudales en aquellas circunstancias era efecto de una actividad extremada, de un esfuerzo de valor y de una acertada combinación. Llegó al fin a Oviedo con los caudales y fue recibido como en triunfo. Siguió allí desempeñando su comisión, estableciendo almacenes en todos los puntos del Principado, revistándolos por si mismo con un aplauso de la Junta y de los Comandantes militares, que no creerían a no ser tan notorio a todos, que un religioso desempeñase lo que ellos mismos no podrían hacer veinte o treinta seglares por cuya razón mereció unas honras que le era vergonzoso oír.

Prueba del concepto ventajoso que tenía es que cuando el Sr. Marqués de la Romana se presentó en Oviedo con dos regimientos, suprimió la Junta con todos los empleados por ella, exceptuando solamente de esta regla al Director General de Provisiones; y aunque éste se presentó renunciando su destino, le obligó a que continuase, diciendo que no podía exonerarle por el concepto general que tenía en todo el Principado y en

---

(1) Blek (pron. inglesa. El conocido General D. Joaquín Blake, de origen irlandés, brazo derecho del General Castaños, natural de Málaga que libró el Norte de España de los franceses.

el ejército, y así tuvo que seguir hasta que entrando la segunda vez en Asturias, el 1.º de febrero de 810, los franceses se apoderaron por dos años y medio de todo y no quedó ejército. En la retirada cuando aquellos entraron por primera vez en Asturias el 18 de mayo de 1809 fue robado por nuestros dispersos de cuanto llevaba suyo y del Colegio de Celorio sin dejarle más que su ropa interior». (Memorias Silenses III pag. 197-199).

Al P. Calonge le ofrecieron los mayores honores el Rey D. Fernando VII y su Gobierno en 1813, pero rehusó todo; pensiones honores, y títulos. También la Orden los cargos mayores; que trabajó en Silos, en Madrid siempre como el último y más humilde de los religiosos. No pudo rehusar la abadía de su monasterio de Silos que gobernó dos años (1818-1820). Las Cortes de este año expulsaron a todos los religiosos y el Padre Calonge se recogió en el monasterio de San Benito el Real de Valladolid, el único en que permitieron hacer vida de comunidad a los benedictinos sólo ancianos e imposibilitados. Falleció el 28 de mayo de 1822, dejando heredero de sus pocos bienes y muchos libros a su sobrino el P. Anselmo Gamazo, monje también de Silos. Sólo le queda a este guerrillero el monumento a su gloria que le levantó el Obispo Ilmo. P. Domingo de Silos Moreno en las Memorias Silenses.

FRAY AGUSTIN SEBASTIAN RUIZ, O. S. B.

(Continuará)